EL ALZAMIENTO

REDENCIÓN

¡Regreso al principio del fin del mundo!

BRIAN KEENE

UNO

Cuando empezó a perder la noción de los días, y fue evidente que lo que le había pasado al mundo no iba a cambiar en un futuro previsible, el reverendo Thomas Martin empezó a rezar por una liberación.

Al principio las novedades fueron aleatorias y esporádicas, meros rellenos entre las noticias habituales sobre el desempleo y las caídas de la bolsa, los crímenes, la política y la guerra. Todo comenzó con un asesinato masivo en Ghost Island (Minnesota), lo que dio paso al pandemónium en las calles de Belleville (Illinois) y en Nueva York. Después, todo explotó.

Cuando el caos llegó al pueblecito de White Sulphur Springs, en Virginia Oeste, Martin, Becky y John se refugiaron en la iglesia del reverendo. Desde allí vieron cómo todo se venía abajo. A pesar de la situación en el exterior, seguían teniendo electricidad y las cadenas de televisión todavía emitían. Los telediarios no tardaron en confirmar los rumores que circulaban por Internet: los muertos estaban volviendo a la vida, no como criaturas lentas, caóticas y descerebradas, sino como seres poseídos. Es más, por lo que Martin había podido comprobar con sus propios ojos, era como si los muertos estuvieran realmente habitados por deidades sobrenaturales. Demonios, como solían referirse a sí mismos.

Y él no tenía razón para dudarlo.

Tal como creía en Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la Tierra, y en Jesucristo, su único hijo, también creía en el reverso de la moneda: en Satán y sus subalternos, en los demonios del averno, en las hordas del infierno. En el *yin* del *yang*. En Dios y sus ángeles y en Satán y sus demonios.

La Biblia que Martin había leído, amado y divulgado durante tantos años era muy específica. Dios regía el cielo, pero Satán dominaba la Tierra. Eso nunca había preocupado a Martin porque sabía que, en última instancia, el bien triunfaría.

Dios podía actuar a veces de formas misteriosas, pero al final siempre compensaba las cosas.

A los sesenta años, Martin había visto una y otra vez cómo actuaba el mal y cómo había puesto a prueba su fe en más de una ocasión. Y había cruzado figurativamente el infierno varias veces. En cierta ocasión, cuando tenía siete años, le mordió una víbora «cabeza de cobre» mientras recogía fresas para que su madre hiciera un pastel con ellas; a los diez contrajo una neumonía que lo retuvo un mes en la cama, período en el que se perdió las clases durante un invierno perfecto para hacer muñecos de viene y deslizarse por las pendientes nevadas. Casi murió en ambos casos, en el de la mordedura de serpiente y en de la neumonía, pero sabía que el buen Dios lo había salvado.

Y eso no era todo. Había servido en la Marina como capellán durante la guerra de Vietnam y vivido de primera mano los horrores de la guerra. Había olido la carne quemada, oído a hombres gritar como niños y presenciado las atrocidades cometidas por uno y otro bando, asesinando indiscriminadamente, creando trofeos espeluznantes con orejas, narices y aparatos genitales, perdiendo mentes y almas en un laberinto de drogas, alcohol y muerte. Había visto el rostro de Satán aparecer entre el humo del napalm y escuchado su risa en el rugido de las bombas, y sabía que en esos momentos el diablo se paseaba por el planeta Tierra.

Aun así, a pesar de todo lo vivido, Martin había vuelto a casa vivo gracias a Dios, entero, cuerdo y sano. Tras su regreso a los Estados Unidos trabajó junto al reverendo Martin Luther King, atraído no únicamente por su lucha en favor de los derechos civiles, sino por sus esfuerzos pata terminar con la pobreza y con la guerra de Vietnam. Martin tenía una extraña sensación de jubiloso orgullo porque su apellido fuera igual que el nombre del reverendo King. Recordaba ser más joven y escuchar su discurso en los escalones del Lincoln Memorial. Martin había compartido su sueño y había luchado por él. Y después, en un plomizo día de abril, casi un año después de regresar de Vietnam, vio ese sueño caer abatido a tiros en Memphis, Tennessee. Puede que fuera James Earl Ray quien

apretó el gatillo que impulsó la bala que destrozó la mandíbula de King y partió su columna vertebral, pero él sabía que había sido el diablo quien dirigió la mano asesina.

Pero también era capaz de ver la divina providencia incluso en los actos malvados, porque tras el asesinato Martin volvió a White Sulphur Springs (Virginia Oeste) y se convirtió en pastor de la misma iglesia en la que ahora se ocultaba. Se casó con Chesya y tuvieron dos buenos hijos, Mark y William. Mark había vuelto de la Tormenta del Desierto, y William se trasladó a Los Ángeles, donde tuvo algunos problemas con la ley, y ahora se enfrentaba a una acusación de homicidio. Chesya había muerto cinco años antes, tras una dura batalla contra un cáncer de pecho.

Su fe lo había acompañado en todos esos momentos y aún más. Pero ahora, por primera vez, Martin se preguntaba si esa fe le bastaría. La necesitaba, se aferraba a ella como un hombre a punto de ahogarse se agarraría a un chaleco salvavidas. Sí, había vivido muchas circunstancias adversas en su vida y siempre había emergido más fuerte que nunca en cuerpo, mente y espíritu, pero ninguna de las pruebas a las que el Señor lo sometiera a través de los años había sido tan amplia o fundamental como la que enfrentaba ahora.

Lo último que vio antes de que la televisión dejase de emitir fue una conferencia de prensa con el secretario de Estado norteamericano en representación del presidente. Quedó claro el motivo por el que actuaba en su nombre cuando, en directo, un reanimado presidente se abalanzó sobre el podio vomitando obscenidades y asesinó al secretario de Estado ante las cámaras. Para ser precisos, las cámaras hicieron *zoom* sobre el zombi-en-jefe, mostrando claramente cómo este sujetaba el brazo de su víctima y lo mordía, desgarrando la manga de su traje y clavando sus dientes en la carne que había bajo ella. Un agente del servicio secreto extrajo su arma y apuntó con ella al expresidente; entonces, un segundo agente disparó contra el primero. El caos se extendió cuando varios de los agentes intercambiaron disparos y los periodistas se dispersaron para evitar las balas. Se dijo que, tras la conferencia de prensa, el

vicepresidente sufrió un infarto de miocardio. Las últimas noticias que se difundieron aseguraban que el Congreso y el Senado habían sido arrasados por los zombis; después, las cadenas dejaron de emitir y la electricidad se cortó.

Por si esas últimas noticias no probaban suficientemente que los secuaces del diablo estaban realizando horas extraordinarias, todo lo que Martin tenía que hacer era mirar lo que sucedía más allá de los muros de su propia iglesia. Allí fuera se había extendido, casi literalmente, el infierno sobre la Tierra. Y allí estaba él, sufriéndolo en sus propias carnes. Por tanto, aunque su fe ya se había puesto a prueba anteriormente, jamás había alcanzado cotas semejantes, y se preguntaba que más podía ofrecer, a su edad, a un mundo que se había vuelto loco. Sus feligreses se habían desperdigado y estaban muertos o escondidos. Solo contaba con John y Becky. ¿Qué necesitaba Dios que hiciera?

«Háblame, Señor», rezaba. «Muéstrame qué necesitas de mí. Revélame tu voluntad y lo que tienes en mente. Y si no me necesitas, por favor, líbrame de esta carga. Líbranos del mal. Líbranos...».

—Un penique por sus pensamientos, reverendo.

Martin se sobresaltó de tal manera que su hombro chocó con la barandilla de madera frente a la que estaba arrodillado. Hizo un gesto de dolor mientras se lo frotaba.

—Lo siento —se disculpó Becky Gingerich, que había sido organista de la iglesia los últimos siete años y parroquiana desde mucho antes—. No quería asustarlo, creí que me había oído entrar.

—No, estaba ocupado rezando —respondió Martin—. Pero no importa, Rebecca. Aunque, para ser sincero, no creo que mis pensamientos valgan siquiera un penique.

—Oh, seguro que sí. Al menos para mí.

Martin se puso en pie, sonriendo. Sus rodillas y sus tobillos se quejaron debido a la artritis, compitiendo con el dolor de su hombro.

—He preparado la cena —le informó Becky—. Sopa de pollo y algunas galletas saladas. John ya está comiendo.

Supusimos que querría unirse a nosotros.

—Me parece bien —aceptó Martin, sintiendo los gruñidos de su estómago. No se había dado cuenta de lo hambriento que se sentía. Reflexionó, no por primera vez, en la habilidad de Becky para adivinar sus necesidades antes de que él mismo fuera consciente de ellas.

Becky sonrió y Martin sintió que se ruborizaba. La organista también se ruborizó. Tras aclararse la garganta, Martin desvió la mirada hacia la cruz que colgaba sobre el altar. Un Jesucristo de madera a tamaño natural le devolvió la mirada.

Martin asintió a la figura.

—Más tarde seguiremos, Señor.

Si Dios lo escuchó, no respondió. Martin pensó que últimamente Dios no parecía ofrecer muchas respuestas directas, por supuesto. Lejos quedaban las zarzas ardientes y las manos gigantescas que surgían del cielo y escribían mensajes en las paredes. Hoy día Dios no enviaba ejércitos de ángeles, solo valor, paz y fortaleza.

—Ojalá tuviéramos comida más variada —dijo Becky, interrumpiendo de nuevo la ensoñación de Martin—. John y usted deben estar hartos de sopa enlatada.

—Nos basta con lo que tenemos —replicó Martin amablemente—. Los tres hemos tenido suerte pudiéndonos refugiar en la iglesia, y la despensa de la escuela dominical estaba bien surtida. El Señor ha provisto, podría ser mucho peor. Piensa en cómo debe de estar pasándolo la gente. Me apuesto lo que quieras a que muy pocos, estén donde estén, tienen la fortuna de disponer de agua y alimentos como nosotros.

—Eso es cierto. ¿Cree… cree que hay más como nosotros ahí fuera? Quiero decir, ¿vivos? ¿Escondidos?

—Debemos tener fe y suponer que sí.

Ella frunció el ceño. Su frente se contrajo, lo que acentuó las pequeñas arrugas que rodeaban sus ojos azules. Aunque no lo dijera, Martin sabía que Becky había dicho aquello pensando en sus seres queridos. Tenía una hija estudiando en la Universidad Estatal de Virginia Oeste, en Morgantown, y un hijo sirviendo en el Ejército. La mujer no tenía noticias

de ninguno de ellos desde el estallido del Alzamiento. No obstante, sí había recibido toda una serie de desesperados y quejumbrosos mensajes de texto de su exmarido que, tras diez años de separación y un segundo matrimonio, aparentemente había decidido que el fin del mundo era buen momento para confesarle que nunca había dejado de quererla y le suplicaba que le perdonase por todo el daño y el dolor que le causó mientras estaban casados. Una Becky llorosa le respondió que se lo perdonaba todo, pero ahí quedó la cosa. No había recibido ningún mensaje más. Martin supuso que, muy probablemente, ese silencio era mucho más doloroso de lo que fuera el primer mensaje. Ella intentó concentrar sus preocupaciones en Martin y en John, asumiendo que su ex andaría borracho en cualquier parte, pero sin descartar la posibilidad de que le hubiera pasado algo malo que le impidiera contestar a su respuesta.

—Además —añadió Martin, intentando animarla—, tú haces mucho más con una lata de sopa y unas cuantas galletas saladas que la mayoría de chefs harían con toda una despensa llena de productos orgánicos. Tienes talento, Rebecca. Y no lo digo únicamente por tu dominio del piano.

Ella desvió la mirada sonriente hacia el órgano, que permanecía silencioso desde que empezara el sitio. Lógicamente, eran reticentes ante cualquier sonido que pudiera alertar a las cosas que pululaban en el exterior y así delatar su presencia dentro de la iglesia.

—Algo tengo que hacer —se defendió Becky sin necesidad—. Mantenerme ocupada ayuda, y me gusta cocinar para ustedes dos.

—A nosotros también nos encanta. Ahora vamos, antes de que John se lo coma todo.

Mientras recorrían el pasillo central de la nave, Martin sintió cómo disminuía el dolor de su hombro. Ojalá pudiera decir lo mismo del de sus articulaciones. Sus pisadas resonaron en la iglesia vacía. Tres de los bancos tenían almohadas y mantas esparcidas sobre ellos allí donde habían improvisado sus respectivas camas. La dura madera de los bancos hacía que a Martin le doliera la espalda por más que hubiera intentado

acolcharla con las esterillas de espuma de la guardería de la iglesia. El espacio entre las filas de bancos permanecía semioculto entre sombras. John había utilizado gruesas planchas de contrachapado para tapar las preciosas y coloristas vidrieras y la única fuente de iluminación eran los escasos rayos de sol que entraban a través de las rendijas entre los paneles de madera. Por la noche usaban velas que encontraron en el almacén, los sobrantes de las comuniones y del servicio de la Nochebuena anterior.

Martin y Becky cruzaron la puerta del vestíbulo y descendieron por un tramo de escaleras hasta el sótano del edificio. Mientras bajaban, Martin deslizó la palma de la mano por la barandilla, levantando polvo que le hizo estornudar.

—¡Jesús! —dijo Becky.

—Gracias, Rebecca.

—¿Sabe una cosa que siempre me ha gustado de usted, pastor?

—¿Mmm?

—Que a veces me llama Rebecca. Mi madre me llamaba así, pero todo el mundo solía llamarme Becky.

—¿Incluso tu marido?

Ella volvió a fruncir el ceño.

—Me llamaba otras cosas que no pienso repetir.

Siguieron por las aulas de la escuela dominical hasta la cocina, donde John, el conserje, jardinero y hombre-para-todo de la iglesia estaba sentado ante una mesa plegable, sorbiendo ruidosamente su sopa de pollo de un vaso de cartón. Había dejado su dentadura postiza sobre la mesa, por lo que Becky chasqueó la lengua.

—¡John Amos Kuhn, quita esa cosa asquerosa de la mesa inmediatamente! Hay gente que quiere comer sin vomitar, ¿sabes?

Sus hombros se hundieron ante el reproche.

—No es asquerosa, está muy limpia. La cepillo cada noche antes de acostarme, aunque reconozco que no podré seguir haciéndolo mucho más. Me estoy quedando sin pasta de dientes.

La sopa burbujeaba en un cazo colocado sobre un hornillo de queroseno. Sin electricidad para hacer funcionar la cocina o el microondas, Becky había recurrido al hornillo para cocinar las comidas. John les aseguró que tenían suficiente queroseno almacenado en la sala de calderas de la iglesia como para que les durase todo el invierno, aunque creía que no seguirían atrapados allí durante tanto tiempo. Había apagado el hornillo tras calentar la sopa, pero todavía irradiaba algo de calor. Martin lo sintió en su pierna cuando la rozó sin querer contra él.

—Dada nuestra situación —apuntó Martin, vertiendo algo de sopa en un vaso de cartón—, no creo que la pasta dentífrica esté en el primer lugar de nuestra lista de prioridades, John. Quizá tengas que arreglártelas sin ella.

—No sé, reverendo. He estado pensando en ello.

Martin y Rebecca tomaron asiento junto a la mesa y John hizo una pausa lo bastante larga como para que el reverendo pudiera intercalar una plegaria.

—Gracias, Señor, por estos alimentos y por seguir manteniéndonos a salvo. Loado sea tu nombre. Amén.

—Lo bueno, si breve… —señaló John—. Por eso me gusta usted, pastor Martin, no se anda por las ramas.

Martin sonrió.

—Buenos alimentos, buena comida, buen Dios. Comamos.

John estalló en carcajadas, esparciendo migajas de galleta por toda la mesa. Becky se limitó a sonreír y sorber su sopa.

—¿Qué decías, John? —preguntó Martin.

—Seguramente no le va a gustar —respondió el conserje, dejando su vaso sobre la mesa—. Estaba pensando en salir mañana, en realizar una incursión en busca de suministros. Y no me refiero únicamente a pasta de dientes. Necesitamos un montón de cosas.

Martin se oponía a esa sugerencia.

—Ya lo hemos hablado, John. No creo que salir al exterior sea muy inteligente. Todos hemos visto de lo que son

capaces esos… esos zombis.

—No iría muy lejos —protestó John—. Solo hasta mi casa para coger mi camioneta, apenas son quinientos metros más o menos. Entonces podría ir con ella hasta el supermercado que hay junto a la autopista, coger lo que necesitemos y volver aquí. No creo que tardase ni media hora en hacerlo todo.

—Pueden pasar un montón de cosas malas en media hora. Aunque consiguieras hacer todo eso, corremos el riesgo de que los zombis te vean y te sigan hasta aquí. De momento hemos logrado pasar desapercibidos. Si nos descubren, no sé si lograremos sobrevivir. Si atacan la iglesia, no estamos equipados para luchar contra ellos. Apenas disponemos de una escopeta.

—Creo que vale la pena correr el riesgo, pastor. Mientras consiga mantenerme a cubierto, podré llegar sano y salvo hasta mi casa. Una vez tenga mi camioneta, puedo ser mucho más rápido que cualquiera de ellos.

—No sé, John. ¿Qué necesidades son tan importantes? La despensa está bien aprovisionada.

—Sí, pero necesitamos más agua embotellada. No sé ustedes dos, pero yo estoy harto de tener que usar siempre una esponja. Y me apuesto lo que quiera que a Becky le gustaría tener más de un cuarto de botella para lavar ollas y sartenes. Me gustaría tener suficiente agua como para llenar un barril o algo parecido y tomar un baño.

Martin se encogió de hombros.

—¿Tenemos un barril?

—Si no lo tenemos, puedo improvisar algo parecido —aseguró John—. Seguro que, si reviso la sala de calderas, encontraré palanganas de alguno de los grupos de jóvenes que lavaban coches para recaudar fondos.

—¿Y no podemos pasar con agua de lluvia? Si las subimos al tejado de la iglesia...

—No pretendo ofenderlo, reverendo, pero con toda esa mierda tóxica que flota en el aire, prefiero apestar que bañarme en agua de lluvia. Por lo que sabemos, podría ser la causante de esta epidemia.

—No creo —replicó Martin—. Me parece que es algo más.

—Quizá tenga razón, pero quedándonos aquí sentados no lo averiguaremos.

—¿Qué más necesitamos? —preguntó Becky—. ¿Qué más podría conseguir en ese supermercado?

—Más comida no nos iría mal. Quiero decir, sé que por ahora tenemos suficiente, pero no está de más pensar en el futuro, ¿verdad? Y podríamos conseguir más material, herramientas y cosas así. Y armas. Tal como ha dicho, pastor, solo tenemos una escopeta. En mi casa tengo varios rifles de caza. Y otras cosas: pilas, un botiquín de primeros auxilios, cerillas, más mantas, cinta americana...

—¿Cinta americana? —preguntó Martin desconcertado, interrumpiendo la letanía—. ¿Para qué podemos necesitar cinta americana?

—Vamos, reverendo. Esto es el fin del mundo... ¿¡Cómo no vamos a necesitar cinta americana!?

Su carcajada alivió la tensión que se había ido incrementando lentamente y también reveló mucho sobre ellos. Martin soltó una risita y Becky se tapó la boca con la mano para esconder una sonrisa. John se palmeó la pierna y casi se ahoga de risa.

Volvieron a su comida, pero tras unos segundos de silencio Martin retomó la palabra.

—No he cambiado de opinión, John, sigo creyendo que no es una buena idea. Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta que llegue ayuda o la situación se resuelva sola. Estaba pensando en el discurso «He estado en la cima de la montaña», del reverendo Martin Luther King. ¿Lo conocéis?

John asintió.

—Claro. Todo el mundo lo conoce, excepto los chicos de hoy día.

—Fue su último discurso antes de morir. Dijo que no sabía lo que podía ocurrir en el futuro, pero predijo que nos esperaban días difíciles, aunque no fuera eso lo que le importaba. Quería vivir una larga vida, pero no le preocupaba porque, al

final, estaba más que dedicado a cumplir la voluntad de Dios. Yo también. Y vosotros deberíais estarlo. Aquí estamos a salvo, gracias a Dios. Y él quiere que sigamos aquí. No veo la ventaja de poner esa decisión a prueba. Voto porque nos quedemos aquí.

Martin no había querido que sonara como una orden, pero su tono era firme. Ni Becky ni John se opusieron. Ella simplemente volvió a su sopa, y John contempló fijamente la mesa por un instante antes de encogerse de hombros. Comieron en silencio.

* * *

Esa noche se quedaron en la iglesia, tumbados en los duros bancos de madera. En vez de dormir, escucharon los gemidos, los gritos y las maldiciones de los muertos del exterior. Las vidrieras habían desaparecido, hechas pedazos, pero las planchas de aglomerado aguantaban. Algo golpeó la puerta. No se movieron, pero Martin amartilló la escopeta y rezó.

«Líbranos del mal, Señor. Líbranos de esta pesadilla. Ayúdame a demostrarle a John y a Rebecca que tengo razón sobre ti. No dejes que nos convirtamos en la cena de esas cosas de ahí fuera».

Martin oyó que John se removía en la oscuridad, como si no se sintiera cómodo. Cuando miró por encima del banco, vio que el conserje se agarraba los genitales con una mano.

—Tengo ganas de mear —susurró John.

Las criaturas del exterior tardaron casi una hora en alejarse, aparentemente convencidas de que la iglesia estaba desierta. John se levantó y corrió silenciosamente escaleras abajo en busca del cuarto de baño. Martin y Becky esperaron.

—¿Cree que se han ido realmente? —preguntó ella, saliendo de su saco de dormir y sentándose en el mismo banco que el sacerdote, muy cerca de él.

—Eso parece, no oigo nada —aseguró Martin.

—Quizá intentan engañarnos.

—Es posible.

—Así atraparon a Hannah Turnbill. Uno de ellos fingió ser su hija. Bueno, supongo que sí era su hija, o solía serlo al menos. Lo vi todo mientras venía hacia la iglesia. Su hija golpeaba la puerta mientras llamaba a su madre. Hannah le abrió para que entrase y...

Becky no pudo seguir, solo dejó escapar un sollozo ahogado. Sin pensarlo, Martin le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Becky lo dejó hacer y él quedó maravillado por el olor de su cabello. De repente, sus pensamientos volaron hacia Chesya y sintió una punzada de culpabilidad. Aunque hubiera muerto hacía mucho tiempo seguía amándola, y no le gustaba la idea de que pudiera estar contemplándolo desde el cielo y preguntándose qué diablos se creía que estaba haciendo abrazando a la organista de la iglesia. Estar sentado allí, con Becky en sus brazos, era como estar engañando a Chesya, aunque solo le fuera infiel en su recuerdo. Deshizo el abrazo lentamente exhalando un suspiro y se puso en pie.

—Echemos un vistazo para asegurarnos de que todo está tranquilo —sugirió.

Caminaron de puntillas hasta una de las ventanas con toda la precaución posible. Martin se detuvo junto a ella, inclinando la cabeza. Fuera no se oía ningún ruido. Acercó lentamente el ojo a una de las rendijas y miró hacia la oscuridad. La calle junto a la iglesia estaba vacía, así como todo el terreno circundante. Veía los jardines traseros de las casas que rodeaban el edificio y la forma de diamante del campo de béisbol cercano. Más allá empezaban los maizales, con sus troncos meciéndose bajo la brisa. Las montañas, negras y ominosas, dominaban el horizonte. Martin pensaba a menudo que no había ningún punto de Virginia Oeste desde el que no se pudieran ver esas montañas. Siempre le habían parecido reconfortantes... Hasta ahora. En esos días, especialmente de noche, le recordaban a los muros de una prisión. Y eso le hacía pensar en William. Se preguntó si su hijo seguiría vivo o si se habría reunido con su madre y su hermano en el otro lado. Ambos, la prisión y el cielo, le parecían mejores alternativas que convertirse en uno de los muertos vivientes. Pero ¿y si William seguía encerrado

en la cárcel? ¿Y si se estaba muriendo de hambre atrapado en su celda? La mera idea le provocó un escalofrío.

Intentó pensar en cosas más felices. Recordó la primera vez que Chelsya y él llevaron a los chicos a la playa. Eso le hizo sonreír, aunque fuera una sonrisa triste. Deseó poder volver a ver el océano. Siempre disfrutaba de unas vacaciones playeras aunque, por supuesto, no preveía más vacaciones en un futuro próximo.

Era casi luna llena, y esta iluminaba los alrededores de la iglesia con una luz pálida, haciendo que todo pareciera inhóspito y surrealista. Un cuerpo decapitado yacía junto a una alcantarilla cercana, y Martin estaba convencido de que horas antes no se encontraba allí. La cabeza estaba a un metro de distancia. No podía asegurarlo, pero creyó percibir que los ojos aún se movían.

Aparte de la luz de la luna había muy poca iluminación. Unas cuantas farolas aquí y allá seguían encendidas, pero Martin no se explicaba cómo. Si no había electricidad, deberían estar apagadas, ¿no? Y si se suministraban de una fuente distinta, ¿por qué unas sí y otras no? En la distancia, más allá del maizal, pudo percibir el brillo amarillento de las lámparas de sodio del concesionario de coches y las galerías comerciales junto a la salida de la autopista. Se preguntó si la concesionaria tendría un generador propio. Si así fuera, ¿no sería mejor intentar trasladarse allí?

Cerró los ojos y se concentró en sus sentimientos, esperando encontrar una guía del Señor. Tras un momento volvió a abrirlos y descubrió que la solitaria cabeza seguía mirándolo fijamente. Peor: los labios configuraban una mueca. Martin desvió la mirada rápidamente, volviéndola a centrar en el concesionario de coches, no sin que se le escapara un estremecimiento que no pasó desapercibido para Becky.

—¿Se encuentra bien, reverendo?

Ella se acercó y le rozó el brazo con las uñas de los dedos. La sensación era relajante y excitante a la vez. Martin volvió a estremecerse, pero esta vez no tenía nada que ver con el desasosiego o el miedo. Antes de poder responderle, John

volvió del cuarto de baño. Ambos se giraron para mirarlo y Becky apartó la mano.

—¿Hay algo ahí fuera? —susurró John.

—Nada —respondió Martin—. Las calles están tranquilas... Por ahora.

John se unió a ellos y miró al exterior.

—Puede que sea buen momento para intentar salir. Lo he estado pensando después de cenar. ¿Cómo sabemos que la situación es la misma en todas partes? Quiero decir, vimos a esas cosas por la tele, pero no sería la primera vez que los medios nos mienten descaradamente.

—John, hemos visto esas cosas con nuestros propios ojos —arguyó Martin tras un profundo suspiro—. No son un invento de Hollywood. Son reales.

—No estoy diciendo que no lo sean, pero puede que solo sea un problema local. Quizá el Gobierno nos ha acordonado. Creo que deberíamos ir a por mi furgoneta y salir de aquí, intentar llegar a Beckley o Lewisburg, quizá hasta Richmond. Puede que allí encontremos ayuda...

—Ya vio lo que pasó en la Casa Blanca —le interrumpió Becky—. Y eso fue mucho más lejos que Richmond.

—Sí, pero eso no quiere decir que se haya extendido a todo el país, Becky. Lo que tenemos que hacer es encontrar una zona segura.

—Que no sabemos si existe o dónde encontrarla —objetó Becky—. Está especulando, John. ¿Y si no hay ninguna zona segura? Por lo que sabemos, puede que suceda lo mismo en todo el país.

Martin se dio cuenta de que estaban alzando demasiado la voz. Movió las manos arriba y abajo para que se calmaran.

—Una cosa es segura, John —dijo—. Ese problema no vamos a poder solucionarlo esta noche. Estoy de acuerdo contigo en que ahora las cosas parecen relativamente seguras, pero esas cosas están acechando ahí fuera, en alguna parte, y si te descubrieran, estás demasiado cansado para poder escapar. Sugiero que lo discutamos mañana por la mañana, ¿os parece justo?

John asintió lentamente. Cuando respondió, lo hizo malhumorado.

—De acuerdo, pastor. Dormir un poco no nos hará daño.

—Entonces, vayamos a dormir.

Los tres volvieron a sus respectivos bancos e intentaron encontrar una posición lo más cómoda posible. No encendieron lamparitas ni velas. Becky fue la primera en dormirse. Martin escuchó cómo su respiración se volvía cada vez más profunda y cómo emitía un tenue pitido cada vez que aspiraba por la nariz. John fue el siguiente, apenas unos minutos después de Becky. Su sueño era inquieto, no paraba de dar vueltas sobre sí mismo balbuceando palabras incoherentes. Cada vez que se movía, el banco crujía bajo él. Con el tiempo se serenó, quedó inmóvil y roncó.

Martin cruzó las manos en la nuca y contempló el techo. Pensó en Chelsya. Y en Rebecca. Una parte de él, que hacía mucho que creía muerta, se removió en su interior, pero la sensación fue inútil. Por un instante pensó en despertar a Becky y averiguar si ella también estaba interesada, pero finalmente lo desechó. Cerró los ojos y rezó un poco más.

«Líbranos, Señor. Que se haga tu voluntad, pero ayúdame a entender por qué has permitido que encontremos este refugio. Tú eres mi guardián, pero yo lo soy de John y de Rebecca, y no eludiré mi tarea. Nunca lo he hecho, pero ¿qué puede hacer un pastor por su rebaño si no sabe lo que le depara el futuro? Ayúdame, Padre, dime lo que quieres que haga. Líbrame de esta maldad que nos rodea».

De repente se dio cuenta de que a la noche le faltaba algo: el omnipresente sonido de los insectos. Virginia Oeste siempre se llenaba con los sonidos nocturnos de la naturaleza y uno no podía dejar de oírlos, a menos que vivieras en una ciudad como Charleston o Morgantown. En primavera la noche rebosaba del croar de las ranas. En verano y otoño resonaban los cantos de grillos, las langostas y los demás insectos. Pero todo eso había desaparecido. Intentó recordar cuánto hacía que reinaba aquel silencio, pero no pudo concretarlo. La ausencia

de los insectos hacía que la noche resultara más extraña y más siniestra.

Sus pantalones y sus zapatos negros estaban sucios, y sentía la aspereza de su alzacuellos bajo el jersey amarillo. Deseó con todas sus fuerzas poder cambiarse de ropa. Y no era la primera vez.

Las manos empezaron a dolerle. La artritis empeoraba y sus calmantes estaban en su casa, al otro lado de la ciudad. Para él era como si estuvieran en lo más profundo del océano. Se dio media vuelta intentando buscar una posición más cómoda, pero no sirvió de nada. Cada movimiento despertaba nuevos dolores. Contempló el techo un rato más, escuchando la respiración de sus compañeros y pensando en cómo era la vida antes de aquello. Volvió a cerrar los ojos y volvió a rezar. Lo único que no podía hacer era dormir.

Como todas las noches desde que se refugiase en la iglesia, Martin usó su Biblia como almohada. No era lo más cómodo, pero sí lo más consolador.

Logró contener el llanto hasta el amanecer. Con eso le bastaba.

DOS

Martin tenía que admitirlo. John y él habían hecho un buen trabajo para asegurar la iglesia. Es más, ya no podía considerarse una iglesia, sino una fortaleza impenetrable.

«Una iglesia no tiene por qué ser un edificio», se recordaba a sí mismo. Es simplemente un lugar donde la gente se reúne para adorar al Señor. Una iglesia es el lugar donde se encuentra Dios. Nada más y nada menos. Una iglesia puede ser una habitación, un jardín trasero o un callejón. Si Dios está allí, es una iglesia.

Pero se preguntaba si Dios seguía allí con ellos. Martin quería creer que sí, pero por primera vez en su vida empezaba a tener dudas. Martin no lo culpaba a él. Al fin y al cabo, si él fuera Dios, no querría seguir en White Sulphur Springs.

Porque todo estaba empeorando. Definitivamente.

A la mañana siguiente los despertó el ruido del motor de una motocicleta en competencia con los aullidos de lo que parecía ser una manada de perros salvajes, quizá coyotes. Los tres saltaron de sus camas, corrieron hacia las rendijas de las planchas que tapiaban los ventanales y pudieron comprobar que, efectivamente, la manada estaba compuesta de perros y coyotes... Aunque no era una manada de animales vivos. Era una manada de zombis.

Una docena de chuchos perseguía al hombre de pelo largo que conducía la moto. El vehículo llevaba pegatinas de Virginia y ninguno reconoció al motorista. No llevaba casco, de forma que los tres pudieron echarle un buen vistazo a su rostro mientras pasaba junto a la iglesia. Era joven, veinteañero, y parecía absolutamente aterrorizado. Debía estarlo. No solo por sus perseguidores, sino porque la moto parecía estar en las últimas. Mientras doblaba la esquina, la moto carraspeó y tosió, soltando una nube de humo. El hombre pareció perder el control de la máquina momentáneamente, tambaleándose a un lado y a otro. Las ruedas chirriaron contra el pavimento.

—Casi se le cala —dijo John—. Va a volcar.

—Vamos, vamos —urgió Martin—.¡Domínala! ¡Ayúdalo, Señor!

Ya fuera por su habilidad o por la intervención de la Divina Providencia, el motorista logró conservar el equilibrio y acelerar. La manada siguió tras él, ladrando y gruñendo, pasando tan cerca de ellos que Martin, John y Becky pudieron olerlos a pesar de los muros y las fortificaciones. Todos sus componentes estaban en variados estados de descomposición. A muchos les faltaba un ojo o una oreja. Otro había perdido su mandíbula inferior. A unos cuantos se les podían ver agujeros infectados allí donde habían estado sus colas; otros tenían heridas rezumantes en sus costados. Uno arrastraba tras él sus intestinos como si fueran una correa, y un coyote trotaba torpemente con las tres patas que le quedaban. Un golden labrador pasó cerca de ellos con el cráneo abierto, dejando al descubierto sus sesos, lo que no le impedía participar en la persecución. Un caniche al que le faltaban los ojos seguía a los demás gracias a sus ladridos. En cola del grupo trotaba un gato doméstico con el cuerpo hinchado a causa de los gases. Más que galopar, trotaba bamboleante en una parodia de vida casi cómica.

—¡Dios mío! —exclamó John—. Nunca había visto nada igual.

Ninguno de ellos lo había hecho, pensó Martin, pero se quedó sin palabras. Una manada de perros zombis era algo completamente distinto a todo lo que habían experimentado hasta entonces. Se quedó embobado contemplando la persecución mientras el motorista se perdía calle abajo. Los zombis siguieron tras él, ladrando y aullando. Era un sonido extraño, similar a...

—No puede ser —susurró Martin.

Apretó los dientes y miró a Becky y a John para descubrir que lo estaban contemplando. Parecían tan desconcertados como él.

—¿Eran...? —balbuceó John, señalando la ventana.

—Palabras —terminó Martin—. Al menos lo parecían.

—A mí también me lo han parecido —corroboró Becky—. Me han recordado a los perros que intentan hablar en nuestro idioma pero les falta la habilidad vocal para hacerlo.

—No era en nuestro idioma —corrigió Martin—. Al menos no lo creo. Me ha recordado al arameo, la lengua de Cristo. O quizá a algo más antiguo todavía, puede que el sumerio. No estoy seguro.

John frunció el ceño.

—A mí me han parecido ladridos. No eran perros normales y pueden que intentasen hablar, pero ara... ¿Cómo lo ha llamado, pastor?

—Arameo. Tuve que estudiarlo en el seminario, pero ahora no me acuerdo de casi nada. Es un idioma muy difícil de aprender y todavía más de recordar si no lo practicas. Pero algo en los sonidos de esos zombis me lo han recordado.

—¿Cómo es posible? ¿Qué significa eso, reverendo? —preguntó Becky. Parecía a punto de echarse a llorar.

—No lo sé, de verdad que no lo sé —admitió Martin—. En las películas, los zombis son... solamente cadáveres descerebrados que caminan lentamente, tropezando y tambaleándose. Pero esas cosas... Ayer lo pensaba, es casi como si estuvieran poseídas por demonios. De hecho, creo que ese es el caso.

El rugido de la moto fue desapareciendo y, momentos después, también los ladridos de la jauría. El silencio volvió a enseñorearse de la iglesia. Martin oyó el piar de un pájaro y se preguntó si estaría vivo o muerto.

Pensó en todo esto mientras echaba un vistazo a su alrededor, estudiando las fortificaciones de la iglesia. Era media tarde y no había visto zombis desde que desapareciera la manada. Becky se encontraba en el sótano leyendo un ejemplar de *El aposento alto*, y John estaba...

Martin no sabía dónde estaba John exactamente. El conserje estaba desaparecido desde el desayuno, una hora después del encuentro con la manada de perros zombis. Para conservar provisiones se limitaban a dos comidas diarias: un desayuno escaso y una cena más decente, que habitualmente

consistía en diversas sopas enlatadas o vegetales y agua o zumo (la iglesia no usaba vino).

Sin dejar de preguntarse dónde se habría metido John, Martin dejó vagar su mirada por el recinto. Además de los gruesos paneles que cubrían las vidrieras, John había tomado otras medidas para asegurar el edificio. La puerta del nártex estaba atrancada desde el interior, y John y él habían recurrido a tres bancos de la iglesia para reforzarla por si los zombis intentaban derribarla. Habían hecho lo mismo con las dos puertas del sótano, reforzándolas con maderos y cerraduras de seguridad por el interior. También habían clausurado las ventanas de la escuela dominical. John incluso había asegurado los conductos de ventilación de la cocina de la iglesia y la reja en el suelo de la sala de calderas. Nada podía entrar.

Y ellos no pensaban salir.

Martin insistió en ello cuando John volvió a sacar el tema durante el almuerzo. La insistencia del conserje en ir a por su furgoneta había aumentado desde la pasada noche. Martin esperaba lo contrario, sobre todo después de lo que presenciaron aquella mañana, pero no había sido así. John estaba convencido de que el peligro había pasado de momento, y razonado que los zombis del vecindario también se habrían unido a la persecución del motero. Cuando terminaron su racionada taza de café, calentado en el hornillo de queroseno, Martin consiguió convencerlo de nuevo de que se quedase. John se enfurruñó y masculló entre dientes, pero terminó aceptando.

Obviamente, la tensión estaba pudiendo con él. ¿Cómo soportarla? Los tres soportaban un estrés increíble. Estaban ocultos dentro de la iglesia, un edificio que antes era un lugar de consuelo y refugio, mientras que sus amigos, vecinos y feligreses los acechaban en el exterior, deseando devorarlos. Tenían que racionar la comida, dormir en bancos y limpiarse con esponjas de baño. Todo eso bastaba para enfurecer a cualquiera o, si no era lo bastante resistente, para volverlo loco. Martin se preguntó si era eso lo que le pasaba a John. Esa extraña y temeraria obsesión por salir de la iglesia para encontrar una

zona segura podía ser una forma de claustrofobia o de psicosis generada por su enclaustramiento forzoso.

«Por favor, Señor, sácanos de aquí. ¿Cuánto más debemos soportar? ¿Cuánto más va a durar esta situación? Líbranos de esta situación, muéstranos tu voluntad. En nombre de Jesucristo, amén».

Martin recorrió la iglesia. Llegó hasta el altar y se detuvo tras él, contemplando los bancos vacíos. Dio unos golpecitos al micrófono que había instalado en él, pero, por supuesto, no funcionaba, como todo lo demás en el mundo. Revolvió los papeles dispuestos sobre el altar y encontró sus notas escritas a mano para preparar un sermón que nunca tuvo oportunidad de dar.

—¿Intenta soltarnos un sermón, reverendo?

Martin alzó la mirada y vio a John avanzar por el pasillo. Un momento después, Becky entró en la nave a través de las puertas dobles. Ambos tomaron asiento en la fila delantera de los bancos.

—Pensamos en venir a echarle un vistazo —aclaró Becky—. Se ha pasado aquí toda la mañana.

—¿Ah, sí? —Martin frunció el ceño. Miró su reloj de pulsera y recordó que se lo había dejado en su casa, sobre la mesita de noche—. Lo siento, he perdido la noción del tiempo. Aunque tú también desapareciste, John.

—Estaba en la sala de calderas —explicó el conserje.

—¿Todo va bien?

—Oh, sí —respondió John, sorprendido—. Solo revisaba las cosas. Ya sabe, para no aburrirme.

—Creo que todos estamos más que inquietos —aceptó Martin—. Quizá deberíamos jugar a algo. Creo que hay un Scrabble en la sala de juegos de los jóvenes.

—Eso no va conmigo —protestó John—. Sobre todo porque nunca aprendí a leer bien, pero pueden jugar ustedes dos y yo miraré. Quizá aprenda una o dos cosas.

—¿Qué es eso? —preguntó Becky, señalando los papeles que Martin tenía en las manos.

—Se supone que iba a ser mi próximo sermón. Ahora

solo son papeles emborronados.

—¿Sobre qué trataba?

Martin esbozó una sonrisa triste.

—Sobre la profecía del fin del mundo. El Arrebatamiento. Cuando los cristianos sean arrebatados de la Tierra para unirse a Cristo en el cielo. La época de la Tribulación. Irónico, ¿verdad?

Becky asintió.

—Otra vez el fin del mundo —suspiró John—. ¿No nos dio ya un sermón sobre eso?

—Sí —admitió Martin—. Pero repetir el tema siempre es interesante. Después de todo es parte de nuestra fe.

—Eso es verdad —admitió John—. La Biblia habla de la resurrección de los muertos, me acuerdo. Pero nunca pensé que sería así.

—No creo que las escrituras se refieran a lo que está pasando ahí fuera —dijo Martin—. Esto es otra cosa.

—Nunca pensé que viviría para ver el fin del mundo —intervino Becky tranquilamente, y los dos hombres se estremecieron al escucharla—. ¿Se acuerdan de Lena Anderson?

Martin y John asintieron. Lena había sido miembro de la congregación casi toda su vida.

—Solía empezar los días y las noches arrodillada —siguió Becky—. Rezaba porque se cumpliera el Arrebatamiento. Terry Hamish me lo contó una vez y creí que estaba bromeando... Pero no. Ella vivió así toda su vida. Pasaba todos los días esperando a que llegase ese Arrebatamiento.

—Entonces se llevaría un chasco —sugirió John.

—Para ser justos, Lena usaba su fe como refugio —les dijo Martin—. Perdió a su hijo muchos años atrás en un accidente automovilístico y solo pudo mantener su entereza durante esa época terrible gracias a su fe en Dios. Creo que deseaba con tanta intensidad reunirse con su hijo que ese deseo se manifestaba en la conducta de la que has hablado. Es una forma de fe ciega, pero fe al fin y al cabo. Una vez, hace mucho tiempo, se enfadó conmigo porque en la Biblia nunca se menciona explícitamente el Arrebatamiento.

—¿Puedo ser sincera? —preguntó Becky—. A mí la idea

del Arrebatamiento siempre me ha provocado miedo. Todo el mundo desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos. Me asusta pensar en lo que pasaría con todo lo que dejaríamos atrás. Los aviones cayendo, los trenes descarrilando, los quirófanos vaciándose con los enfermos a medio operar... El mundo sería un lugar espantoso.

—Sí, lo sería —admitió Martin.

—Entonces, ¿por qué no ha sucedido así? —Una lágrima recorrió la mejilla de Becky—. ¿Por qué no hemos ascendido al cielo? Se suponía que el Arrebatamiento pasaría antes de todo esto. Se suponía que pasaría antes de la época de la Tribulación, ¿no?

Martin asintió.

—Bueno, pues si esto es el fin del mundo, ¿por qué seguimos aquí?

—Porque esto no es el fin del mundo —dijo Martin—. Todavía no lo es. Como dije antes, lo que pasa ahí fuera no tiene nada que ver con el Apocalipsis de san Juan. Esta no es la época de la Tribulación, Rebecca, ni es el fin del mundo. Creo firmemente que Dios tiene planes para nosotros. Si no lo creyera, me volvería loco. Y no me vuelvo loco porque Dios aún tiene una misión que confiarnos. Solo tenemos que ser pacientes hasta que nos sea revelada.

John dejó escapar un bufido de desagrado.

—No pretendo ofenderle, pastor, pero se me está agotando la paciencia.

—Lo sé, John, lo sé. A veces a mí también se me agota. Rezo todas las noches, arrodillado ahí abajo entre los bancos, y le pido al Señor que nos libere. Pero de momento Dios no ha enviado un ejército de ángeles para acabar con nuestros opresores. No ha enviado un tornado, o un terremoto, o la Guardia Nacional, o cualquiera de las otras cosas que le he pedido. Le he suplicado que vuelva la energía, o que podamos conseguir un equipo de radioaficionado con el que saber lo que pasa en el mundo, pero tampoco nos ha proporcionado nada de eso...

—Pero nos ha dado una escopeta —interrumpió

John—. Yo digo que salgamos ahí afuera y hagamos un buen uso de ella. Si Dios no responde a nuestras plegarias, creo que deberíamos tomar la iniciativa con nuestras propias manos. Como dice la Biblia: «Dios ayuda a los que se ayudan». ¿No es eso lo que usted siempre predica?

«Esta vez no», pensó Martin.

—¿Y bien? —insistió John, esperando respuesta—. ¿No es así?

Suspirando, Martin dejó su puesto tras el altar y bajó los escalones para unirse a los demás. Sin hacer caso de su patente artritis, se sentó entre ellos en el banco.

—Sí, John, Dios nos ha concedido una escopeta. También nos ha concedido un refugio, agua y un lugar donde dormir. Y nos mantiene a salvo de esas cosas del exterior, de las que hay más y más cada día. Los tres sabemos que si quisieran podrían entrar, pero no lo han hecho. A pesar de todo, no nos han descubierto todavía. ¿Y sabes por qué?

John sacudió la cabeza.

—Porque Dios nos ha protegido —aseguró Martin—. Y nos sigue protegiendo porque tiene planes para nosotros. Debemos esperar y cumplir con su voluntad.

—Bueno, pues ya estoy cansado de esperar —gruñó John—. Tal como yo lo veo, si seguimos aquí es como ser peces en un barril. Esta espera solo incrementa las posibilidades de que nos descubran. Lo he pensado mucho y muy a fondo, he escuchado lo que usted dice, y he tomado una decisión. Me he pasado la mañana preparándolo todo. Tan pronto como oscurezca, me marcharé. No les pido que vengan conmigo si no quieren, pero espero que respeten mi decisión. No pienso llevarme la escopeta conmigo, ni ninguna otra cosa. Creo que puedo llegar a mi casa y conseguir mis propias armas bastante fácilmente. Una vez tenga mi camioneta, volveré. Si han cambiado de opinión, podrán acompañarme; si no, les desearé suerte y seguiré mi camino.

—¿Y adónde irás? —preguntó Martin.

—No lo sé, reverendo. Para empezar, a otro lugar que no sea este. Fairlea y Lewisburg están relativamente cerca,

creo. Quizá cruce el río hasta Punkin Center, tengo amigos en ese lado de la montaña, Teddy y Carl. Buenos chicos. Puede que ellos tengan alguna idea sobre qué se puede hacer.

—Conozco al señor Garnett y al señor Seaton —dijo Martin—. Estuvimos juntos en el mismo Centro de Veteranos toda una temporada. Y estoy de acuerdo contigo: si alguien es capaz de sobrevivir a lo que está pasando ahí fuera, son ellos dos. Teddy y Carl son especiales. Pero ¿y si no consigues llegar hasta allí, John? ¿Y si Lewisburg está infestada de zombis?

—Entonces me iré a otra parte. Seguiré hasta Clifton Forge, o Hot Springs, o Crow. Cruzaré la frontera hasta Virginia o subiré hasta Pennsylvania y Maryland. Me da igual. No tengo preferencia por ningún sitio, solo quiero llegar a un lugar donde no ocurra lo mismo que aquí.

—No creo que exista ese lugar, John.

Los ojos del conserje se humedecieron y su voz reflejó la emoción que sentía.

—Tiene que existir, pastor, tiene que existir. No todo puede ser igual. Tiene que haber una zona segura en alguna parte, todo lo que tengo que hacer es encontrarla.

«Lo hemos perdido», pensó Martin. «Esta es la forma que tiene su mente de sobrellevar el estrés de la situación. Se ha convencido de que tiene que haber una zona segura porque no podría soportar la alternativa. No está razonando. Nada de lo que hagamos o digamos Rebecca o yo le hará cambiar de opinión, y no estoy seguro de querer ver cómo reacciona si lo intentamos siquiera».

—Usted dice que es voluntad de Dios que nos quedemos aquí —susurró John—. Usted dice que el Señor le ha ordenado que nos quedemos aquí esperando algo, pero no sabe qué es ese algo...

—Lo sabré cuando me lo revele —interrumpió Martin.

—Bueno, eso es genial, reverendo. Pero yo creo que es voluntad de Dios que me marche. Es lo que me dicta el corazón.

Martin aspiró profundamente antes de exhalar. El hombro le dolía. De repente se sintió muy cansado.

—Está bien, John. Si es lo que realmente quieres, no me

interpondré en tu camino... Aunque ojalá lo reconsideres. Por lo menos, quédate a dormir.

—No creo que pueda volver a dormir una noche más en estos bancos. La espalda me está matando.

Martin sonrió tristemente.

—Me parece justo.

—¿Vendrá conmigo o prefiere quedarse? —le preguntó John a Becky—. Tengo sitio en mi furgoneta. Si logramos llegar a una zona segura, podríamos buscar información de sus seres queridos.

—Me quedo. —Ella miró a Martin mientras respondía, como si estuviera intentando convencerlo—. Si el reverendo cree que es voluntad de Dios que nos quedemos aquí, que eso es parte del plan de Dios, me inclino a creerlo. Nunca le ha dado malos consejos a su congregación.

—¿Congregación? —John señaló hacia los tapiados ventanales—. ¿Qué congregación? Por si no lo ha notado, la mayoría de los que solían ser parte de esta congregación rondan por ahí fuera, intentando devorar todo lo que esté vivo.

—Una congregación es como una iglesia —intentó explicar Martin—. Nosotros tres, aquí y ahora, formamos esta congregación. Y tiene razón. Muchos de nuestros feligreses están fuera y me parte el corazón ver en lo que se han convertido. No quiero que tú también acabes así, John. Por eso te estoy pidiendo que te quedes, porque no quiero que te conviertas en uno de ellos.

Se produjo un momento de silencio. Martin sintió que algo cosquilleaba su mejilla. Se tocó la cara con la punta de sus dedos y se sorprendió al encontrar con que las lágrimas la humedecían. No había sido consciente de estar llorando. Enjugó esas lágrimas, sintiendo la dureza de los pelos de su incipiente barba. Intentó recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se afeitó. Antes del Alzamiento, Martin tenía la costumbre de afeitarse cada día, estuviera donde estuviese o independientemente de cómo se sintiera. Aunque estuviera enfermo de gripe o de acampada en el bosque, siempre se esforzaba por afeitarse. Cuando era más joven, su

padre le había dicho: «Aféitate todos los días y te sentirás mejor contigo mismo». Fue uno de los mejores consejos que le habían dado en su vida, simple pero acertado, y Martin hacía todo lo posible por seguirlo día tras día. Alzó la mirada, consciente de que John había estado hablando mientras él reflexionaba.

—Lo siento, estaba pensando. ¿Qué has dicho?

—Decía que se lo agradezco —replicó John con una mezcla de convicción y disculpa—, pero he tomado una decisión. Lo he pensado toda la noche y esta mañana he estado preparándome. No quiero que se preocupen, pero la verdad es que esta mañana no solo he estado ordenando la sala de calderas. He quitado la reja de la cloaca y he bajado por el agujero para comprobar si había peligro.

Becky se quedó sin aliento.

—¡No tenías derecho a hacer una cosa así, John! ¿Y si te hubieras encontrado con zombis?

—No habrían podido colarse, se lo aseguro. Bajé a la cloaca y me aseguré de que fuera segura. Ahí abajo no hay nada. Supongo que todavía no han pensado en registrar las cloacas. De todas formas, el camino es seguro de aquí al final de la calle. Puedo salir y abrirme camino hasta mi casa para recuperar mi furgoneta. Una vez lo haga buscaré ayuda y volveré, lo prometo.

Martin suspiró.

—No podemos impedírtelo, John. Si realmente crees que irte es lo mejor para ti, no intentaremos impedírtelo. Pero te ruego, por favor, que lo reconsideres.

—No puedo, pastor Martin. No sé como explicarlo para que lo entienda. No soy como usted, hablar no se me da bien, pero no puedo quedarme aquí... ¡No puedo!

Martin asintió entristecido.

—Entonces ve con Dios, John. Porque tengo la sensación de que lo necesitarás.

* * *

Esperaron hasta el anochecer, compartiendo una última cena juntos: sopa de tomate, zumo de uva y galletas saladas.

Comieron en silencio. Ninguno dijo nada porque no quedaba nada por decir. John no les pidió la escopeta y Martin tampoco se la ofreció. Llegó a pensarlo, pero no lo verbalizó. La escopeta podía constituir una ventaja en el exterior, sí, pero si John realmente conseguía llegar hasta su casa, tendría acceso a otras armas. No podía decirse lo mismo de Martin y Becky. Sus defensas se limitaban a lo que pudieran improvisar con la escasa selección de herramientas que tenían en la iglesia.

Cuando terminaron de cenar, Becky insistió en que John se llevara algunas latas de comida por si acaso, pero John las rechazó cortésmente.

—Tengo mucha comida en la despensa de mi casa. No creo que me muera de hambre en el camino.

«Tampoco creo que se mueran los zombis», pensó Martin. Por un momento temió haberlo dicho en voz alta, pero se relajó al ver que los otros dos no reaccionaban.

—¿Has pensado lo que harás una vez consigas llegar hasta tu casa? —se interesó Martin.

—¿Qué quiere decir?

—Supongamos que los zombis te descubren a medio camino. ¿Qué harás entonces? ¿Y si te cortan el camino y te rodean?

John se encogió de hombros.

—Entonces buscaré algún lugar donde ocultarme hasta que los zombis se marchen. No se preocupe, pastor, no los guiaré hasta aquí.

—Oh, no es eso lo que me preocupa.

—Pues debería. Yo me preocuparía si invirtiéramos los papeles.

—Es posible —concedió Martin—, pero confío en el Señor. Él nos mantendrá a salvo.

John asintió con la cabeza, pero no respondió.

Cuando el atardecer se convirtió en noche cerrada, se acercaron a los ventanales y volvieron a atisbar por las rendijas de las planchas de aglomerado. Solo vieron a un tambaleante zombi. Martin reconoció el cadáver: era el de Ben Roden, el hijo de Mike Roden. Mike había sido el director de la sucursal

local del banco White Sulphur Springs y miembro de su congregación. Había hecho de lector, y Ben, siguiendo los pasos de su padre, sirvió muchas veces como monaguillo. Martin evocó la imagen del chico vestido de blanco encendiendo las velas del altar antes de los servicios dominicales y la contrastó con aquella cosa muerta que vagaba por el exterior. Ben estaba desnudo, excepto por unos calzoncillos sucios y rotos que colgaban de su trasero. Una de sus orejas se había desplomado sobre el hombro, colgando únicamente de un delgado tendón. Su espalda y sus piernas estaban cubiertas de feas mordeduras de color púrpura que supuraban visiblemente. El chico llevaba bajo el brazo un monopatín, como si estuviera planeando utilizarlo en caso de encontrar una superficie adecuada. Martin se preguntó si era una especie de instinto rudimentario, un rastro de su vida anterior, o si el zombi sabía realmente cómo usar el monopatín en sus actuales circunstancias. Tuvo que resistirse a la tentación de llamar su atención. El trío observó en silencio al chico hasta que desapareció de su vista y después esperaron otros diez minutos más por si acaso. Un cuervo negro aterrizó en la rama de un árbol cercano y tardaron varios segundos en deducir si estaba vivo o muerto.

—Pájaros zombis —comentó Becky—. Eso acaba con la idea de poner un barril en el tejado para recolectar agua de lluvia con la que bañarnos.

John y Martin asintieron en silencio. Siguieron mirando al cuervo no muerto hasta que emprendió el vuelo. Esperaron un rato más, hasta estar seguros de que no había más zombis a la vista. Al final, John se desperezó y se alejó de las vidrieras. Sus articulaciones crujieron ostensiblemente en el silencio.

—Parece que ya no hay moros en la costa —sentenció—. Si voy a salir, este es el momento.

—¿Está seguro? —insistió Becky.

—Ya lo hemos hablado —cortó John, asintiendo con la cabeza—. Sí, estoy seguro. Además, como ya he dicho, volveré a por ustedes.

Descendieron hasta la sala de calderas, donde Martin encendió una vela para poder ver. John seleccionó una pala

de las herramientas que se alineaban en la pared y la sopesó con ambas manos probando su peso. Asintió, aparentemente satisfecho.

—Esta servirá. Al menos hasta que llegue a mi casa.

—Recemos —sugirió Martin.

Cogiéndose de las manos, el trío formó un círculo en torno a la rejilla que cerraba el acceso a las cloacas. Cerraron los ojos e inclinaron las cabezas.

—Dios Todopoderoso —invocó Martin—, te pedimos que cuides de nuestro hermano John y lo protejas con tu gracia, tu protección y la del Espíritu Santo ahora que se embarca en esta aventura. Señor, no podemos adivinar tus intenciones, pero John siente que has llegado hasta su corazón y te rogamos que sigas haciéndolo, sin importar dónde le lleve su camino. Te pedimos que lo acompañe tu presencia y tu amor, y que se vea bañado en la sangre del rebaño para evitar que el Diablo pueda llegar hasta él y así dañarlo. Te rogamos que tu mano lo guíe como ha guiado a tantos otros, como guiaste a Moisés en su travesía del mar Rojo y del desierto y como fue escrito en los muros del rey en el Libro de Daniel. Guarda a nuestro amigo para que encuentre lo que está buscando y que se haga tu voluntad. Todo esto te lo pedimos en tu nombre. Amén.

—Amén —repitieron John y Becky.

Se soltaron las manos y alzaron las cabezas. Martin intentó sonreír pero no lo consiguió, así que palmeó el hombro de John y le dio un apretón cariñoso.

—Ve con Dios.

—Gracias, reverendo. Se lo agradezco de verdad. Tengo que ser sincero, creo que todo saldrá bien... Pero en estos momentos estoy un poco asustado.

—¿No quieres cambiar de idea? —La voz de Martin tenía un deje de esperanza.

—No, solo me asusta un poco lo que pueda pasar. Nunca he matado a nadie. Bueno, he cazado durante toda mi vida y he matado muchos ciervos y ardillas y pavos. Incluso un oso pardo en Bald Knob hace una docena de años. Pero matar a una persona es distinto. Por suerte, espero no tener

que hacerlo.

—Ellos ya no son personas —apuntó Becky—. No se olvide nunca. Están muertos.

—Muertos o vivos siguen siendo personas, ¿verdad, reverendo?

—No lo sé —admitió Martin—. Ojalá lo supiera, pero no lo sé.

Limpiándose el sudor con el dorso de la mano, John pasó el extremo de una gruesa cadena de hierro entre las barras de la reja. Se puso en cuclillas y la anudó con ambas manos. Gruñendo, tiró de la cadena hasta desencajar la rejilla. Martin se sorprendió de lo fácil que la había movido hasta que recordó que John ya había estado en la sala de calderas preparando el camino. La reja se deslizó por el suelo de cemento, arañándolo y levantando ecos metálicos. El conserje miró jadeante a sus dos compañeros y volvió a secarse la frente.

—¿Creen que podrán volver a colocar la reja cuando me vaya?

—Supongo que sí —aventuró Martin—. Creo que entre los dos podremos arrastrarla y volverla a encajarla en el agujero, pero no estoy seguro de que podamos volver a levantarla una vez esté colocada.

—Bueno, esperemos que no necesiten hacerlo.

—Exacto.

John se sentó en el suelo y dejó que sus piernas colgasen por el agujero. Entonces lanzó la pala hacia la oscuridad. Martin y Becky oyeron cómo impactaba contra el fondo. John se sacó una pequeña linterna del bolsillo y la encendió. El rayo de luz hizo que su rostro adoptara un aspecto fantasmal. Contempló a sus compañeros.

—Buena suerte, John —le deseó Martin—. Que el Señor te bendiga y te proteja.

—Gracias, reverendo.

Becky se inclinó y le dio a John un fugaz beso en la frente. Él se ruborizó.

—Para que tenga suerte —le deseó ella.

—¿Puede darme otro para tener más suerte todavía?

—No abuses de tu suerte, John. Ni malgastes la que ya te he dado.

Martin soltó una carcajada y Rebecca lo imitó. John los miró y esbozó una sonrisa antes de recuperar su expresión seria.

—Les prometo que volveré en cuanto encuentre ayuda. Volveré a por ustedes, lo digo en serio.

Martin asintió.

—Aquí estaremos, si Dios quiere.

John le estrechó la mano y, sin una sola palabra más, saltó por el agujero. La caída apenas era de dos metros, pero a Martin le dio la impresión de que el suelo se lo tragaba. La luz de su linterna apenas era perceptible. Se asomaron al agujero para ver cómo John se adentraba en el túnel de las cloacas. Sus pisadas y la luz de su linterna no tardaron en desaparecer.

—Vayamos arriba —dijo Becky—. Al menos podremos verlo salir de la cloaca.

—De acuerdo —accedió Martin.

No expresó su temor a que terminasen presenciando la muerte de su amigo.

Subieron las escaleras y volvieron a su posición frente a las rendijas de la empalizada que protegía los ventanales. Desde allí podían ver el punto que, según John, marcaba la salida de las cloacas. Nada pasó durante lo que les parecieron unos minutos eternos. De repente, Martin percibió movimiento. John emergió al exterior y contempló su alrededor con cautela. Recogió la pala, se giró hacia la iglesia y saludó con la mano alzada. Martin le devolvió el saludo, consciente de que John no podía verlos a través de los tablones de aglomerado, pero no le importó. Segundos después, el conserje desapareció tragado por la oscuridad.

—¿Cree que volveremos a verlo? —preguntó Becky.

—John es un hombre de palabra. Ha dicho que volverá y, si el Señor así lo dispone, lo hará. Sí, creo que volveremos a verlo.

Mucho después, Martin pensó que Dios debía tener otros planes, porque ni Becky ni él volvieron a ver a John Amos Ku.

TRES

La serpiente entró en el santuario a la mañana siguiente, poco después del desayuno. Su día empezó tarde porque ambos, Martin y Becky, durmieron en exceso. El reverendo se despertó en mitad de la noche y oyó cómo Becky lloraba quedamente. Mientras yacía en la oscuridad, intentando despejarse lo suficiente como para acudir junto a ella, se dio cuenta de que la organista intentaba amortiguar el sonido. Pretendía contener sus sollozos, pero el banco temblaba ligeramente. Martin no se movió, indeciso sobre si debería consolarla o respetar su intimidad. Dijo su nombre en voz alta y los sollozos cesaron.

Tras un momento, Becky se disculpó por haberlo despertado y le dijo que no pasaba nada. Fue entonces cuando Martin decidió acercarse a ella. Se sentaron juntos y hablaron del mundo que habían dejado atrás, de toda la gente y las cosas que habían muerto con él. Recordaron películas y series de televisión, incluso el último libro que habían leído y sus lugares favoritos, pero ahora ya no podían contar con nada de todo aquello. Ya no habría nuevas películas, ni series de televisión, ni libros, y todos sus lugares favoritos estarían atestados de zombis. En cierto momento, Becky se durmió con la cabeza apoyada en el hombro de Martin. Cuando despertó, el reverendo sintió que su brazo, con el que había rodeado los hombros de la mujer, estaba entumecido y dolorido. Sabía que su artritis se ensañaría con él el resto del día.

Becky despertó de improviso y respiró agitadamente al darse cuenta de lo que había ocurrido. Se deshizo rápidamente del abrazo de Martin, murmurando avergonzadas disculpas.

—No debería haberme dejado dormir tanto rato — susurró ella, ruborizándose.

—Ambos lo necesitábamos.

Becky bajó rápidamente las escaleras, dejando que Martin vigilase el perímetro. Este intentó ajustarse el alzacuellos mientras miraba por las rendijas del ventanal. Seguía húmedo por la saliva o las lágrimas de la mujer... Quizá por ambas.

Estudió el exterior. Los muertos parecían reaccionar con la salida del sol. Media docena de ellos merodeaban por los terrenos de la iglesia, las calles y los campos. Esa mañana podía oler su espeso, casi abrumador hedor a carne podrida. Se preguntó si esa pestilencia era peor porque cada vez se descomponían más o si era algo tan simple como un cambio de dirección del viento.

El cuervo zombi (u otro similar) había vuelto, y esta vez con amigos. La bandada, compuesta por seis aves, atacó a un gorrión y lo picoteó hasta matarlo. Martin hizo una mueca de desagrado mientras ellos arrancaban tiras de carne del pobre pajarito con sus picos. Tras unos cuantos minutos, lo poco que quedaba del gorrión volvió a moverse y se unió a la bandada.

«Ni siquiera las criaturas más pequeñas e inocentes están exentas de peligro, Señor. ¿Qué oportunidad tendríamos nosotros de no ser tu gracia y tu piedad?».

Mientras miraba, Martin se alarmó al ver que varios de los zombis entraban en las casas abandonadas. Echaron abajo las puertas y rompieron las ventanas. No encontraron nada ni nadie que devorar, así que no tardaron en regresar a la calle. Tampoco esta vez mostraron ningún interés en la iglesia, y Martin volvió a darle las gracias a Dios por mantenerlos a Becky y a él a salvo. Los zombis no tardaron en seguir su camino buscando presas.

Tras lavarse un poco con una toallita húmeda, Martin se reunió con Becky en la cocina. Ella parecía más feliz, más comunicativa. Cuando le sirvió la comida, le tocó el hombro sin querer, y cuando le pasó la sal, sus dedos rozaron ligeramente el dorso de su mano.

—Gracias por lo que hizo anoche —dijo ella—. Y siento que...

—No importa. Mi trabajo consiste en consolar a la gente cuando está deprimida, afligida o triste.

—Oh, sí, claro. Bueno, se lo agradezco de todas formas, reverendo. Significó mucho para mí.

—Fue un placer.

—No... No sé lo que haría sin usted. Es un gran consuelo

para mí. Parece una roca. Le agradezco a Dios que esté aquí, conmigo. Y también se lo agradezco a usted.

—No tienes por qué, en serio. Estamos en esto juntos, Rebecca, y con la ayuda de Dios superaremos esta situación.

Ella se inclinó hacia él y lo miró intensamente a los ojos. Martin vio cómo entreabría los labios. Brillaban bajo la tenue luz, húmedos y plenos. Sus dientes eran muy blancos. A pesar del calor que reinaba en la cocina, Martin sintió un escalofrío.

«Chesya», pensó. «Te echo de menos, cariño. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? Dame fuerzas, Señor».

Becky se aclaró la garganta y se irguió. Su movimiento fue demasiado rápido, tropezó con la silla y la derribó con estrépito. Ambos se quedaron congelados un instante, preguntándose si los muertos habrían oído el estruendo. Cuando se convencieron de que no había respuesta del exterior, rieron rompiendo la tensión.

—Yo... eh... —Martin se limpió nerviosamente las manos en su camiseta—. Ahora vuelvo. Voy a revisar el perímetro.

—No pasa nada —se disculpó Becky, sin atreverse a mirarlo a los ojos y concentrándose en limpiar la mesa—. Como usted suele decir, Dios nos protege.

—Es verdad. Pero Dios ayuda a los que se ayudan.

Becky sonrió.

—Bueno, como yo suelo decir, con usted me siento segura.

Martin sintió que se le aceleraba el pulso mientras salía de la cocina y cruzaba las aulas de la escuela dominical. Llegó hasta la puerta de la sala de calderas y pensó en John... Y entonces fue cuando vio la serpiente. Retorcía su cuerpo, intentando pasar por una grieta de la puerta de la sala de calderas. La identificó por la forma de su cabeza, los colores y las manchas de su piel. Era una serpiente mocasín. Seguramente joven, a juzgar por su tamaño.

Retrocedió y su espinilla tropezó con una estantería llena de literatura religiosa. A Martin nunca le habían gustado las serpientes, sobre todo las venenosas, y mucho menos las mocasín. Las de cascabel y las cobras tenían el buen gusto

de avisar antes de atacar, pero las mocasín no. Golpeaban silenciosa y letalmente. Seguía con los ojos clavados en ella cuando la serpiente se coló en el cuarto, alzó la cabeza y se quedó contemplándolo fijamente. Sacó la lengua y la hizo vibrar como si tanteara el aire. Bajó la cabeza y avanzó directamente hacia el sacerdote.

Martin aspiró profundamente para lanzar un grito de advertencia a Becky, pero entonces captó el olor del ofidio, el mismo hedor a descomposición que emanaban los zombis del exterior. Estudió la serpiente y comprendió que ella era la fuente del hedor. Ahora que la tenía más cerca, se dio cuenta de que le faltaba gran parte de la piel y pequeñas vértebras sobresalían de las heridas.

—Señor, amado Señor, líbrame de la serpiente —susurró.

La serpiente aceleró su marcha, siseando ostensiblemente. Como le pasara con los ladridos de la manada de perros, Martin creyó intuir palabras en aquel sonido. Retrocedió hasta la pared con los puños apretados mientras la serpiente reducía distancias. Empezó a sentir un hormigueo en el brazo izquierdo, como si se le hubiera dormido. Martin frunció el ceño y flexionó una y otra vez los dedos. Un dolor sordo pulsó en su pecho y fue aumentando lentamente.

«¿Un infarto ahora? ¡Vamos, Señor, no! ¡Ahora no!».

El dolor disminuyó y Martin centró la atención en su atacante. La criatura volvió a alzar la cabeza y se lanzó hacia delante atacando su tobillo, pero Martin fue más rápido. Haciendo caso omiso del dolor en el pecho y sus artríticas articulaciones, saltó en el aire. La serpiente falló y, un segundo después, el reverendo cayó sobre la cabeza de la serpiente con ambos pies. El pequeño cráneo quedó aplastado bajo los talones de sus botas. La cola de la serpiente se agitó una vez antes de quedar inmóvil.

«Pisotearás la cabeza de la serpiente. Lo dice el Libro de los Salmos, hija de puta».

Apoyándose en un pie, golpeó repetidas veces a la serpiente con el otro, aplastándola contra el suelo. La sangre fluyó por las baldosas del suelo. Martin dio un paso atrás y

examinó el cadáver para asegurarse de que esta vez estaba realmente muerta. Tras comprobar que no volvería a reptar nunca más, corrió hacia la cocina dejando sanguinolentas huellas tras de sí.

—Gracias, Señor —rezó en voz alta—. Gracias por ayudarme a derrotar a tu viejo enemigo. Gracias por darme fuerzas para enfrentarme a tu adversario. Y si está en tu mano, por favor, no dejes que vuelva a colarse ninguna de esas cosas. Creo que la serpiente era más espeluznante que lo que ronda ahí fuera.

—¿Decía algo, Thomas? —preguntó Becky, asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

Martin estaba algo conmocionado por su encuentro con la serpiente zombi, pero no tanto como para no sorprenderse de que la organista lo llamase por su nombre de pila. No le importaba, pero sí le sonó repentino y chocante tras años de «reverendo» o «pastor». Quizás Becky notó el efecto que había causado porque, cuando volvió a hablar, volvió a su nomenclatura habitual.

—¿Reverendo Martin? ¿Qué ocurre? Parece que haya visto a un fantasma.

—A un fantasma no. A un zombi.

—¿Dónde? ¿En el exterior?

Él negó con la cabeza.

—Aquí. Justo aquí dentro.

—¿Han entrado? ¡Oh, Dios!

—No te preocupes, lo he matado... Bueno, si puede decirse así. Quiero decir, ¿puedes decir que has matado algo que ya está muerto? En fin, la semántica no importa. Pero tranquila, ya no puede hacernos daño. Yo... —Hizo una pausa para tragar saliva—. Lo siento, estoy divagando, ¿verdad?

—No importa, pero ¿están aseguradas las puertas y ventanas? ¿Sabe si hay más dentro de la iglesia?

—No creo, solo había uno.

—¿Lo... lo conocíamos?

Martin la llevó hasta el cuarto y señaló la serpiente aplastada.

—Me parece que no era miembro de nuestra congregación.

Becky retrocedió ante la visión del cadáver, respirando agitadamente.

—¡Una serpiente mocasín! ¡Oh, reverendo! ¿Y si hay más? Esta noche no podré dormir sabiendo que puede haber otras...

—Creo que no hay más, Becky. Esta ya estaba muerta. Supongo que entró desde las cloacas. Quizá vio marcharse a John o quizá descubrió el túnel después de su partida, pero creo que tenía intenciones muy concretas. Y no dudo que pretendiera matarme o, de no haberla descubierto, avisar a otros zombis de nuestra presencia.

—¿Está seguro?

—Al noventa y nueve por ciento. Si hubiera más serpientes en la iglesia, a estas alturas ya nos habrían atacado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Revisemos la sala de calderas y busquemos la forma de asegurar la reja. Después volveré a estudiar todas las fortificaciones para asegurarme de que no pueda haber filtraciones.

El labio inferior de Becky tembló y abrió mucho los ojos. Miró a la serpiente y después a Martin. Este la cogió por los hombros y la abrazó, volviendo a captar el aroma embriagador de su cabello. Aspiró profundamente.

—Todo irá bien, te lo prometo. De momento el Señor nos ha protegido, ahora no nos abandonará.

Ella asintió contra su pecho. Por un segundo Martin quiso quedarse así para siempre, sintiendo su cuerpo contra el de Becky, apreciando la calidez, la suavidad de su piel en la punta de sus dedos, el aroma que inundaba su nariz, su embriagadora proximidad despertando emociones y deseos largamente enterrados.

Entonces volvió a pensar en Chesya y esos sentimientos y sensaciones desaparecieron, reemplazados por un agudo espasmo de arrepentimiento. Incluso en aquellas circunstancias añoraba a su esposa, y lo que hacía no estaba bien. No era justo

ni para Rebeca ni para él, Martin no estaba emocionalmente disponible. Lo supo la noche anterior, cuando ella subió las escaleras, y ahora lo recordó. Lleno de pesar dio un paso atrás, obligándose a distanciarse de Becky.

—Deberíamos revisar la sala de calderas antes de que algo más consiga entrar.

—De acuerdo —aceptó ella.

Cruzaron las salas de la escuela dominical. Becky alargó su mano y aferró la de Martin. Su palma estaba húmeda de sudor. Ella dio un cariñoso apretón a los dedos del pastor y Martin se lo devolvió, intentando calmarle los nervios. Soltó su mano y abrió la puerta.

La sala de calderas estaba oscura y fría, y olía a moho y a aceite de motor. Martin prefería aquello a la pestilencia de los muertos. Dado que no había rastro de esta, supuso que ninguna de aquellas cosas había descubierto la entrada de las cloacas. Aun así, no pudo evitar el nerviosismo mientras revisaba las esquinas y las rendijas buscando más serpientes, ratas o cualquier otro animal zombi que pudiera haberse colado en la sala. Becky permaneció junto a la puerta, manteniéndola abierta por si acaso. Cuando Martin terminó su inspección, se acercó a la reja del suelo y contempló el agujero que daba acceso a las cloacas. El interior era muy oscuro, pero no vio nada moviéndose en las sombras. El único sonido era el goteo del agua en alguna parte de las profundidades.

Miró a su alrededor y vio un montón de sacos de fertilizante apoyados contra un muro. Martin colocó un panel de contrachapado sobre la reja y después, con cierta dificultad por culpa de su artritis, puso los sacos de fertilizante sobre él. Cuando terminó, estaba bañado en sudor y jadeaba ostensiblemente. Sintió unos pinchazos en el pecho, pero no tan agudos como cuando se topó con la serpiente.

—¡Bufff! —resopló, enjugándose el sudor de su frente con el dorso de la mano—. Esto debería bastar.

—Eso espero —suspiró Becky—. Pero ¿y si uno de los zombis humanos descubre el túnel de las cloacas?

—No creo que tengan fuerza suficiente para levantar la

reja y los sacos desde el fondo. Pero, por si acaso, deberíamos montar algún tipo de alarma.

—¿Cómo cuál?

Martin se acercó al estante de las herramientas y tomó una lata de café llena de clavos y tornillos. La dejó sobre los sacos de fertilizante y añadió algunos botes de aerosol. Entonces retrocedió y contempló su trabajo.

—Ahora, si alguno de ellos consigue superar el bloqueo, podremos oír el estrépito que producirá cuanto tire todo esto al suelo. ¿Te sientes mejor?

—Sí. Gracias, Thomas. Como... como dije antes, no sé lo que haría sin usted. Debe estar sediento, le traeré algo de beber.

Martin asintió, demasiado inseguro sobre sus propias emociones para responder y sobre qué decirle si lo intentaba.

* * *

Esa noche improvisaron una cena especial: un potaje de vegetales que Becky confeccionó a base de latas de maíz, judías, guisantes, tomates troceados, zanahorias, garbanzos y caldo de carne. Cuando Martin removió el conjunto con su cuchara de plástico y vio tal abundancia, se sorprendió.

—Becky, ¿estás segura de que ha merecido la pena usar todo esto? ¿No deberíamos racionar nuestras latas de comida?

—Es una ocasión especial.

—¿Ah, sí?

—Claro. Hoy ha matado a un zombi, nos ha mantenido a salvo.

Martin sonrió.

—No fue para tanto, la verdad. Para ser sincero, estaba aterrorizado. Por un segundo creí que me iba a dar un infarto.

—Sí lo fue. Pensé que valía la pena recompensar su valentía con algo más que una lata de sopa de tomate y unas hostias sin consagrar.

—Bueno, gracias. —Se llevó una cucharada de estofado a la boca y gruñó de satisfacción—. Está delicioso.

—Me alegro de que le guste.

—Oh, sí, me encanta. Solo me preocupaba por nuestros suministros. ¿Estás segura de que tenemos los suficientes? ¿Y qué haremos con lo que sobre? No tenemos frigorífico para conservarlo.

—Hay de sobra. Y hasta ahora hemos sido muy cuidadosos, no creo que hoy nos sobre nada.

—La gula es pecado —rio Martin.

—Como otro montón de cosas —señaló Becky, devolviéndole la sonrisa.

* * *

Fue hasta él cuando ya se había dormido. Lo despertó el ruido de sus movimientos, el roce de la ropa contra la piel. La madera del banco crujió y chirrió cuando Becky se levantó. Se había desnudado, Martin se dio cuenta a pesar de la oscuridad. Y cuando ella tomó su temblorosa mano y la colocó sobre uno de sus senos, pudo comprobarlo. El pezón de la mujer se endureció bajo sus dedos y ella gimió suavemente.

—Becky... Rebecca, yo...

—Hazme el amor, Thomas. Por favor.

—Becky...

Apartó la mano y ella se encogió, desilusionada. Martin se sentó en el banco y giró la cabeza para esquivar su mirada. Becky le sujetó la barbilla con una mano y le obligó a que la mirara.

—¿Qué pasa, Thomas?

—No podemos. Yo no puedo, no está bien.

—Tampoco está mal. No tenemos que hablar de ello, Thomas. Ni siquiera es necesario que signifique algo. Tengo frío y miedo y me siento sola. Necesito sentir el contacto de alguien. Necesito sentirme querida y deseada. Necesito sentirme segura, aunque solo sea un rato. Por favor.

-Escúchame, Rebecca. No es que no te encuentre atractiva o que no te desee. Créeme, el Señor sabe que yo también he estado pensando lo mismo.

—¿Es por eso? ¿Es por tu fe? A Dios no le importa,

Martin. Él sabe que no hacemos nada malo.

—Sí, Rebecca. No está bien.

—Si es lo que quieres, te lo rogaré. Por favor, Thomas. No sabemos lo que nos puede pasar mañana. Los zombis pueden encontrar la forma de entrar, podemos quedarnos sin comida, incluso dijiste que estuviste a punto de sufrir un infarto. No sabemos lo que nos puede pasar mañana.

—Tú misma dices que no sabemos lo que pasará, Rebecca. No hace falta un fin del mundo para sentir eso. La vida es incertidumbre, por eso es importante ser fiel a tu fe. No podemos renunciar a ella.

—¿Crees que no lo sé? —Sus pechos se agitaron mientras hablaba. Martin no pudo evitar mirarlos y algo se agitó en sus entrañas—. Todos nuestros conocidos y nuestros seres queridos han muerto... O algo peor, se han convertido en una de esas cosas del exterior. Todo y todos han desaparecido. Los amigos, los familiares, incluso John. Solo quedamos nosotros y cualquiera de los dos podría ser el siguiente. Tú podrías morir mañana, yo podría morir. Y no quiero morir, Thomas, quiero vivir. Quiero sentirme viva. Haz que me sienta viva. Hazme sentir bien, aunque solo sea un rato. Por favor, hazlo por mí.

Becky se acercó un poco más y se inclinó hacia él. Frotó los pezones contra su peluda mejilla. Martin gruñó y giró la cabeza. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al tiempo que su bajo vientre se endurecía. Ella lo sujetó por las muñecas y, antes de que Martin fuera consciente de lo que estaba sucediendo, Becky guio una de las manos del reverendo hasta su entrepierna. Martin suspiró. El sexo de la mujer era cálido y resbaladizo, y su humedad goteaba del interior de sus muslos y entre sus dedos.

—No puedo... —gimió. Quería apartar la mano, pero su cuerpo se resistía a hacerlo—. Para, por favor. No me hagas esto, te lo suplico.

—¿Por qué no? No lo entiendo, ¿qué tengo de malo?

—No eres tú, soy yo.

Becky intentó guiar los dedos del pastor hasta su hinchado clítoris, pero este consiguió liberar su mano y cerró

el puño como si le quemase. Rebecca lo contempló como si hubiera recibido una bofetada.

—¿No eres tú, soy yo? ¿En serio vas a utilizar ese viejo cliché conmigo, Thomas?

—Es cierto. No es que no te encuentre deseable, Rebecca. Lo eres. Eres una mujer preciosa y cualquier hombre se sentiría afortunado de tenerte como esposa. Esa es la cuestión. Ya estoy casado. Ya tengo una esposa.

Becky frunció el ceño, confusa.

—¿Hablas de Chesya? Pero ella... ¿Cuántos años hace que murió, Thomas?

—Lo sé. Y sé que debería pasar página, no eres la primera persona que me lo dice. Pero en mi corazón sigo casado con ella, sigo amándola. Me gustaría dejar eso atrás, créeme. Me gustaría liberarme de esa sensación, de ser capaz de volver a amar, de volver a vivir... Pero no puedo. Cuando estoy contigo, pienso en ella. La añoro demasiado. Le he pedido al Señor que me dé fuerzas para apartarla de mi mente, le he rezado para que me encargue una nueva misión en la que concentrarme, pero no lo ha hecho. Quiero volver a estar con ella, aunque sé que es imposible. ¡Y no es justo!

Las lágrimas desbordaron sus ojos. Martin intentó seguir hablando, intentó explicarse, pero sus palabras se perdieron entre sollozos.

Becky no dijo nada más. Permaneció sobre él viendo como lloraba. Intentó volver a cogerle la mano, pero Martin la esquivó. Tras unos minutos, ella volvió a su banco y se vistió en silencio antes de regresar junto a él.

—No importa, reverendo. Lo comprendo y lo siento.

Martin se limpió su nariz goteante con la manga. Notó que ella volvía a dirigirse a él por su cargo.

—Tranquila, Becky. Soy yo el que debería disculparse.

—No, no lo haga. Ha sido culpa mía, no tenía derecho. Es que... Creí que usted sentía lo mismo que yo.

—Ojalá pudiera —susurró Martin—. No sabes cuánto lo he deseado.

Becky le sonrió, pero era una sonrisa forzada y sus

gestos no reflejaban lo que expresaban sus ojos.

—No importa —repitió ella una vez más—. No hace falta que diga nada más. Esta noche dormiré abajo.

—¿Estás segura? No tienes por qué...

—Quiero hacerlo. Es más, necesito hacerlo. Usted se siente herido, Martin, pero yo también.

—Lo siento.

—No lo sienta. Estaré bien, solo necesito un poco de tiempo para mí misma. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Nos veremos por la mañana.

Martin asintió.

—Sí, mañana. Si quieres podemos hablar de lo que ha pasado mientras desayunamos.

—No hay nada de qué hablar —aseguró Becky—. Estaré bien. Solo concédame un poco de espacio. Mañana será otro día. Buenas noches, Martin.

—Buenas noches, Rebecca. Nos vemos por la mañana.

* * *

A la mañana siguiente, cuando Martin despertó, Becky se había ido.

Una inspección de la sala de calderas le mostró que ella había retirado los sacos de fertilizante y salido de la iglesia por el mismo camino que John. Había dejado una nota en la cocina y colocado la lata de café instantáneo encima para asegurase de que Martin la encontrara. Cogió el papel con manos temblorosas y lo leyó.

Querido reverendo Martin:

Lamento lo que pasó anoche. No quería hacerle pasar por esa situación. Antes no lo comprendía, ahora sí. Chesya fue una mujer afortunada por tenerlo en su vida. Fue afortunada por tener a un hombre que la amaba de la forma en que aún hoy sigue amándola. Creo que también fue afortunada en otros aspectos. Murió antes de que pasase todo esto, así que

no ha terminado como los que han muerto en medio de este holocausto. ¿Fue por voluntad de Dios? Quizá le ahorró un destino espantoso llevándosela a su lado antes de que todo se desmoronase. Como usted suele decir, no podemos saber los planes del Señor.

Sé que usted cree que es deseo de Dios que permanezcamos aquí, en su iglesia. Sé que cree fervientemente que esa es su voluntad. Pero también tengo que hacer caso de mi propio corazón, de mi propia cabeza, y espero que lo que pienso también es voluntad de Dios. Y lo que siento ahora es que tengo el corazón roto y necesito marcharme. No puedo seguir aquí, no después de lo que pasó. Siempre ha flotado en el aire una tensión no resuelta entre nosotros. Aunque no la verbalizásemos, estaba ahí. Con el tiempo nos habría envenenado y no quiero que eso suceda. Quiero que su conciencia se mantenga limpia para que cuando Dios revele sus planes para este lugar tenga la suficiente claridad mental para reconocerla.

Me llevo algo de comida y de agua. Solo lo suficiente para mantenerme hasta que encuentre algo más. Le dejo la escopeta. De todas formas, tampoco sé usarla. Eso sí, me llevo el pico de la sala de calderas.

No me busque, Martin. No salga tras de mí. Si realmente cree que Dios quiere que espere aquí, por favor, no se ponga en peligro. No soportaría que por mi culpa dudase de la voluntad del Señor, no soportaría hacerle más daño del que ya le he hecho. Y no se preocupe por mí, estaré bien. Sí, sé lo que probablemente me pasará ahí fuera, pero también sé que no importa porque estaré con Dios, con nuestros amigos y seres queridos. Y con Chesya. Todos le estaremos esperando.

Con amor,

Rebecca.

Martin volvió a leer la nota suspirando, dejando que las palabras penetrasen en él. Entonces la arrugó con rabia hasta convertirla en una pelota, la lanzó furiosamente a un lado y gritó:

—Señor, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué has dejado que esto pase? Primero John, ahora Rebecca. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres que espere? ¿Qué pretendes que haga? He rezado y he rogado por tu redención, pero sigues en silencio. ¡Háblame! ¿Por qué yo, Señor? Por favor, dame una respuesta. Por favor, hazme saber tu voluntad.

Su grito se desvaneció en el aire. Lleno de dolor, Martin salió de la cocina y subió los escalones de dos en dos. Se abalanzó hacia las rendijas de los ventanales sabiendo que era demasiado tarde, pero lo hizo igualmente. Lloró ante lo que vio.

Rebecca había desaparecido.

Los muertos, no. Seguían allí, deambulando de un lado a otro. Martin los contempló entre lágrimas, intentando ahogar sus sollozos. Poco a poco fue consciente de un zumbido lejano. Al acercarse comprendió qué era lo que lo producía.

Un avión. Se preguntó quién lo pilotaría, de dónde provendría y adónde se dirigía. ¿Quiénes eran aquellos supervivientes y cómo habrían conseguido pilotar aquel avión? Entonces comprendió que su identidad y su historia no importaban. Lo importante era que estaban vivos.

En alguna parte, la vida seguía.

Y en alguna parte, muy por encima de todos, sus seres queridos lo esperaban.